

Si la Marianica pinta, pinto yo

Bernardo Fernández-Pacheco Villegas

De esa manera, jocosa y lapidaria, respondía el célebre actor y artista polifacético "Luisillo", cuando lo interpelaron y cuestionaron en público en relación con sus dibujos. Venía a decir que si cualquiera puede pintar y ser considerado pintor ¿por qué no iba a serlo él? Luisillo, actor genial, inolvidable en su papel de Moniquito en la Rosa del Azafrán, formó parte de ese núcleo de actores de la posguerra que marcaron la tradicional vinculación de Manzanares con el teatro. Y, aunque sin destacar, no fue mal pintor. Luisillo, cuando respondió así —corría la década de los sesenta—, ya intuía el presente y el futuro del arte. Su afirmación era a la vez una certeza y una premonición. Su siglo, el siglo XX, fue realmente dramático —o patético, según se mire— en cuanto a los artistas se refiere. Cuestión de mala suerte. No es igual tener alma de artista en un siglo que en otro. El artista del XX y, por supuesto, el del XXI, como creadores, como iniciadores de una nueva faceta expresiva, lo tuvieron y lo tienen francamente mal.

En cuestión de arte —digámoslo así para no ser categóricos— si no todo, casi todo está hecho o, al menos, hace tiempo que se inició. Los que sienten la llamada de cualquier manifestación artística muy pronto se enfrentan con esta terrible realidad. Realidad que los lleva, inevitablemente, hacia una penosa disyuntiva: o dar continuidad e intentar superar una línea expresiva ya iniciada, o lanzarse por la senda incierta de lo novedoso y la supuesta creación. Elegir la continuidad requiere integridad y un tremendo valor. La elección resulta especialmente meritoria y gratificante cuando se consiguen mejorar los logros precedentes dándoles una impronta personal. Asumir así la condición de artista implica aceptar un alto nivel de riesgo, porque la amenaza de la comparación está al acecho permanente. Por otra parte, el compromiso del artista con la evolución de la faceta del arte que profesa resulta evidente, por lo que merece todos los respetos.

Si se opta por la alternativa de la creación, el camino está jalonado de frustraciones. Sólo la incorporación de nuevas técnicas y materiales ofrece pequeños espacios innovadores; optar por otra vías es chocar contra un muro: todo está ya recorrido. Esa frustración, como cualquier otra, produce agresividad y con ella en el cuerpo es muy fácil caer en lo contracultural y atacar el "establishment" por la base.

El siglo XX en materia de arte fue, salvo raras excepciones, un compendio de frustraciones. La mayor parte de las manifestaciones consideradas como innovaciones sólo fueron, reconozcámoslo, exabruptos enrabiados, gritos de desesperación del artista que, anhelando crear e innovar, redobla sus esfuerzos en pos de la originalidad, pero encuentra todas las puertas cerradas.

¿Cómo entender el rock and roll, la pintura abstracta, la poesía moderna, el teatro del absurdo, la música tecno y el largo etcétera de manifestaciones semejantes? No son otra cosa que producciones de artistas furiosos, con ansia de creación, que deciden romper la baraja y, haciendo un corte mangas, se echan al monte en pos de un atisbo de novedad, al precio que sea.

Este estado de cosas ha provocado dos fenómenos sociales de especial relevancia: El primero es el todo vale, y la consiguiente proliferación de pseudoartistas. En efecto, después de la consagración de Kandinsky —tomando como ejemplo la pintura la Marianica, y todo el que quiso, pudo ya pintar, sin más empacho ni complejos. La mancha y el borrón se adueñaron de lienzos y murales, y nadie tuvo ni tiene potestad, ni autoridad, para invalidar las ocurrencias de cualquiera. Legiones de supuestos artistas, elevados a esa categoría por ellos mismos, se esconden en el engaño, se dan cuerda mutuamente desde la mediocridad

compartida, se alientan con un lenguaje hermético, ambiguo e insustancial. Sobreviven.

En escultura —por citar otro género—, cualquier cosa, las formas más absurdas y los materiales más insospechados pueden descansar encima de un pedestal o decorar una plaza; incluso pedazos informes de mierda —con perdón—; que también con ella se ha trabajado y ha sido objeto de exposición en galerías de renombre internacional.

Igual suerte ha corrido la poesía, pues desde que el oficio de poeta lo que requiere y precisa es generar "extrañamientos del lenguaje", cualquiera puede dedicarse a ensartar palabras poco o nada familiares entre sí y decir que hace poesía, o que es poeta, aunque no haya cuadrado un soneto en su vida. Conviene advertir y precisar que para ejercer hoy día el ancestral oficio de poeta únicamente es preciso respetar una condición: que las palabras elegidas sean raras las unas con las otras, que se extrañen, que rechinen (por ejemplo, no cabe decir de la nieve que es blanca, sino que es de acero incomprendido).

Por lo que se refiere al género musical, el rock ha abierto de pleno la espita de los ruidos y, aprovechando los recursos electrónicos, una locura de decibelios impera por doquier; desde los locales más "in", hasta el coche del macarra que disfruta agrediendo a los viandantes con las excelencias que salen de sus baffles.

El segundo de los fenómenos es el del papanatismo. El papanatas es el snob, el que quiere ir con su tiempo, si cabe, un pasito por delante, y para ello acepta sin remilgos el juicio de supuestos iniciados: los entendidos. Representa por igual a la falta de criterio y a la ignorancia; pero a él eso le importa bien poco. El papanatas abunda, se encuentra fácilmente entre esas masas que asumen y aceptan fácilmente lo que cualquier desaprensivo o vivo les presente. El cuento de "El traje del Emperador", que ya incluía el Infante Juan Manuel en "El Conde Lucanor", y que hizo mundialmente famoso Hans Christian Andersen para ridiculizar la estupidez de las gentes, refleja perfectamente el papanatismo: ¡Qué bonito es el traje del emperador, qué corte tiene, qué tejido!- exclamaban todos-. Y sólo un niño se atrevió a gritar la verdad: ¡Pero si va desnudo!

La apreciación del nuevo arte (modernismos y postmodernismos) ha proliferado porque papanatas hay muchos y siempre los habrá. Dejarse llevar por las modas, sin manifestar criterios propios es una condición muy humana. Tan extendido y ridículo ha llegado a ser el asunto que incluso los anuncios de la TV hacen mención y burla de ello. Pero no por eso desmayan los snobs. Y no faltarán; en exposiciones de lienzos emborrionados, doctores que pretendan descubrir el maravilloso mundo subjetivo del autor; y si no lo encuentran, echarán mano de las tonalidades o las texturas: ¡Oh, el mundo de las texturas! ¡Qué riqueza! ¡Qué matices! ¡Qué bien viste el Emperador!

Del mismo modo, y por citar otro ejemplo, adocenados arquitectos, aprovechando el tirón modernista y la confusión, venden birriosos proyectos, bodrios teñidos de vanguardismo. Y lo hacen tanto a instituciones públicas como a nuevos ricos; que la simpleza anida por igual en ambos colectivos. Y tampoco faltará lugar para los que aplauden el críptico poema que acaban de escuchar. Poema del que no han entendido absolutamente nada; entre otras cosas, porque nada tenía ni quería decir su autor. Aplauden, aunque la gran mayoría desconozca incluso que se trata sólo de un juego fonético de significantes sin significado que, además, están reñidos entre sí.

Malos, muy malos tiempos corren para las líricas. Asumido y aceptado. Seamos pues comprensivos. Pero, por favor, que nadie acalle al niño diciéndole que no entiende cuando denuncia la desnudez.

SI LA MARIANICA PINTA, PINTO YO.

MI COLUMNA

Casos y Cosas

José Luis Albiñana

SEÑALES DE TRÁFICO. Poco a poco se va observando cómo la señalización vertical y horizontal de las calles de nuestra ciudad se va cubriendo con las preceptivas y necesarias señales, sin embargo algunas necesidades las van marginando, dejándolas a un lado, sin darles importancia. Por ejemplo, la señal indicativa en la rotonda de la calle Doña Crisanta, que indique a la vez con una flechita "CIUDAD DEPORTIVA". Y ya que hacemos referencia a la Ciudad Deportiva, hasta el viernes pasado no habían colocado la señalización indicativa de "servicios públicos": bueno, han clavado en un árbol dos ridículos cartelitos con un inodoro en el centro y una flechita. Vamos, una auténtica palettería.

Insistimos en la necesidad de señalar debidamente los servicios de la Ciudad Deportiva y sobre todo "normalizar" la señalización de los servicios de URGENCIA, pues se ven cartelitos por aquí y por allá con la flecha a un lado y a otro. Deberían estudiar la fórmula de acceso directo a las instalaciones, porque en un minuto puede marcharse una vida...

CALLES DON VÍCTOR Y DON ELISEO. Continúan sin solucionar el problema de la prohibición de girar a la izquierda de los vehículos que circulan por la calle Don Víctor. Últimamente ni las vallas están puestas. Posiblemente se hayan cansado de estar siempre con lo mismo. En la Columna ya se indicó que podían colocar unos bolardos abatibles o extraíbles. Ni una cosa ni la otra, sin embargo en la calle Luis Cadarso en su inmediatez al Paseo de las Moreras sí han colocado uno.

Por los "pintarrajos" que hemos podido comprobar en el suelo, la indicación de "calle cortada" o cosa parecida está después de la calle General Aguilera, por lo que los automovilistas que se "metan" en ese tramo estarán obligados a dar marcha atrás y hacer maniobra. Creemos que deben advertir antes la salida por la calle General Aguilera lo de "calle cortada". Y ya saben los vecinos de la zona, la salida hacia el Paseo de San Isidro-Don Víctor Peñasco, la más cercana es la calle Espoz y Mina. ¡Quien manda, manda! Cuatro calles sin salida a la calle Don Víctor, una "animalá".

SIGUEN SOLARES SIN CERRAR O CERCAR. Los ciudadanos de Tomelloso, por centenares, se quejan de que en la calle Don Víctor Peñasco exista un solar sin cercar en lamentable estado de conservación, precisamente ubicado frente al remozado Paseo de las Moreras y Plaza de Toros. ¡Vaya impresión que se van a llevar los que vengán a la Romería y a la Feria! Ya indicó la Columna que quería recordar que el Ayuntamiento está facultado para proceder al cerramiento (si el propietario no lo hace) y pasarle los gastos como ¿contribución especial? Creemos que ésa es la solución, pero lo que no deben hacer es dejar pasar más tiempo con ese solar sin cercar, que desentona de su entorno.

EL NUEVO SISTEMA TELEFÓNICO DE COMUNICACIÓN DEL AYUNTAMIENTO. Recientemente nuestro Ayuntamiento, que se está modernizando tecnológicamente en todos los sentidos, también lo ha hecho con el teléfono, para poder acceder directamente, sin necesidad de operadora, a cualquier dependencia dentro y fuera del Ayuntamiento. Para ello sólo hay que marcar el número 926 52 88 01, y a través de un número de extensión se accede a la dependencia deseada. El Ayuntamiento, a través precisamente de este periódico, adelantó algunas de esas extensiones (sin apenas explicación). Pero lo que queremos concretar es que el Ayuntamiento edite una tarjeta en la que queden reflejadas todas las extensiones, y distribuir ejemplares en las más de nueve mil viviendas y los seis mil pisos que tenemos, poco más o menos, en nuestra ciudad. Así todos los ciudadanos de Tomelloso tendrían en sus casas esta importantísima información.

AGRADECIMIENTO. Los vecinos de la calle Pedro Domecq, de la urbanización del mismo nombre y calles adyacentes, a través de este medio, dan las gracias al haberse solucionado el problema que tenían con lo que se "armaba" al pie de la chimenea de las antiguas Bodegas Domecq. ¡Qué bueno es sembrar...!